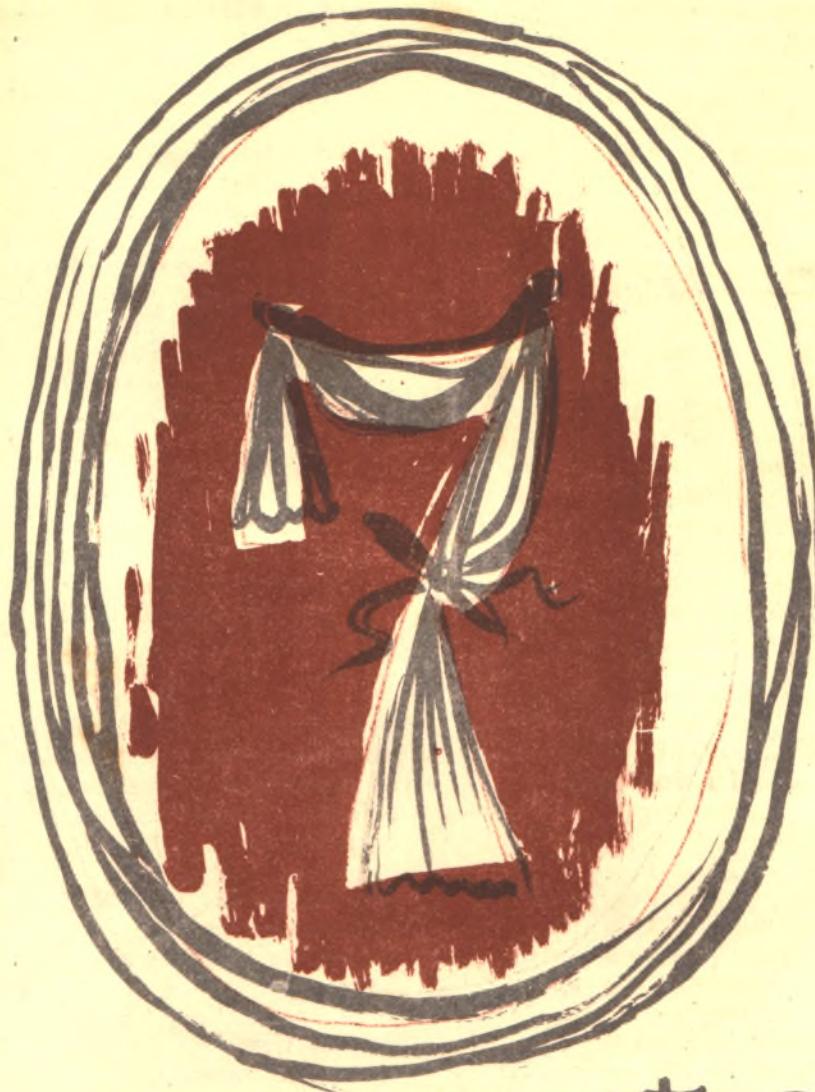


año II
nº. 4



No. B79084, 564, 1961

poetas hispano- americanos

circe maia
efraín barquero
alejandro romualdo
héctor yanover
washington benavides
cecilia mérola
orfila bardesio

los límites

Puedes dejar que caigan
en ti y se disuelvan
los blancos días quietos
los saludos, las cartas,
el sabor previsible
de las horas que quedan.

Cada mañana el viento
trae sonidos, pasos,
conversaciones fáciles,
conocidos reflejos...
En la luz de esos días
podemos apoyarnos.

Pero qué hemos de hacer
—no puedes, no podemos—
recibir totalmente
cierto infinito peso
la hondura desmedida
el golpe inesperado.

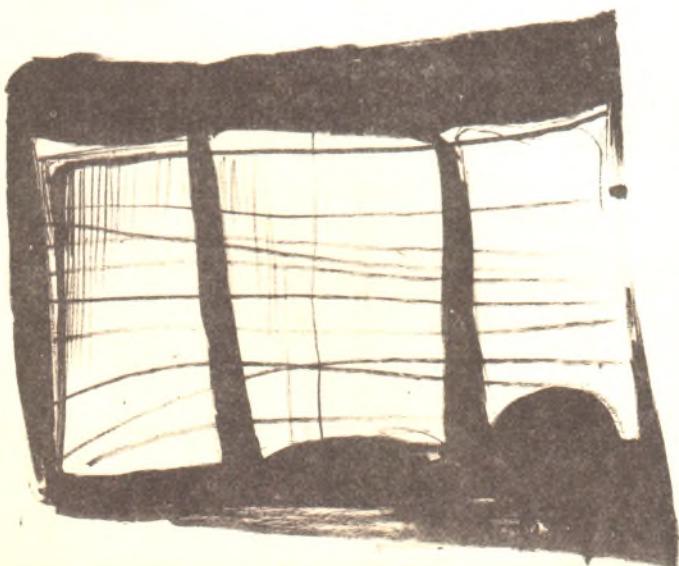
Por pedazos, pequeños
fragmentos dolorosos
se reciben entonces
como la lluvia en gotas
como la hoguera en chispas
para no aniquilarnos.

la ventana

Es un punto sin cambio, dentro de la mirada.
No se mueve a pesar que las olas descienden
se descuelgan azules burbujas, cielos limpios
redondos, movedizos días en resplandores
caen y caen.

Alguien en ese inmóvil rincón siente la noche
como un oscuro ruido disperso, como golpes
sordos, de telas blandas.
Siente también un alto silencio, un temblor frío.
Y es una noche y otra.
Anchos ríos de sombra desembocando, abiertos,
en su fija ventana.

fotografías



Esas claras figuras
de las fotografías
detenidas en medio
de un gesto que no acaba
a mitad de una risa
con la mano en el aire
esos rostros.

El caer de la luz es ahora un cerrado
resplandor seco, un frío
que rodea la cara.

Repetido gotear
de minuto y minuto
está ahora cortado
expuesto, abierto, duro
sobre el papel, orillando.

(Siente latir la muerte
despacio, sordamente...)

piel de hoja

Ando entre hojas de mil formas,
que me tocan con sus manos heladas.
Qué cabellera abundante de la tierra.
Todo el dia se arrastra en sus raíces,
como una culebra manchada por la lluvia;
pero en la noche es toda hoja,
toda labio que adquiere repentina humanidad,
toda oreja que escucha en las ventanas,
toda mano suspendida y con anillos,
que me detiene de repente en la sombra,
y me toca con helada certeza.

Y miro entonces el cielo desvelado.
Y lo siento cerca, familiar y mío.
Y casi puedo olerlo y tocarlo con mis manos,
como si hubiera ascendido de la tierra
y palpitara, reciente enredadera.

Porque todas son hojas en la noche,
en las tierras fluviales y mojadas:
hojas fragantes o ásperas, repentinamente, ocultas,
de bordes más duros que la piedra
o de palmas más blandas que los hombres.
Y las noches están llenas de gotas.
Y los días son juegos de sol.
Y la vida siempre nace, o va a nacer,
pero nunca ha transcurrido.

la casa musgosa

Crezcan junto a mí las plantas de humedad,
de rostros pescados de silencio.
Acompáñenme las orejas temblorosas
de las enredaderas alargadas.
Pongan los hongos el huevo del invierno,
y los helechos se alimenten de mi sombra,
y las palmas se muerdan con su boca gruesa,
manchando mi cuerpo como la piel de una culebra.

Musgo quiero, y ninguna otra piel orgullosa.
Musgo denso, y ningún otro enfermo terciopelo.
Musgo doloroso como una frente honda.
Y respirando apenas, como una boca de piedra.

Sea todo un crecer a la sombra de mi casa.
Y mi mano se vuelva cada vez más ciega,
para andar sin romper su silencio.
Sea el tiempo como un árbol herido.
Sea el aire como un gran tajo abierto.
Sea el cielo como una yema redonda.
Y mi rostro no asombre. Y mi voz no intimide.
Como un profundo y ciego injerto,
que entrara en la carne palpitante del mundo,
llorando de hermosura verde.



Efraín Barquero nació en Teno - Chile el 3 de Mayo de 1930. Ha publicado "La piedra del pueblo" 1954, "La compañera" 1956, "Enjambre" 1954.

Sept 1987



alejandro romualdo

peruano

perú en alto

Según mi modo de sentir el fuego,
soy del amor: sencillamente ardiendo.
Según mi modo de sufrir el mundo,
soy del Perú, sencillamente siendo.

Tierra del sol, marcada al negro vivo,
llorando sangre por los poros, sombra
a media luz del bien, a media noche
del día por venir. Yo estoy contigo.

Golpe, furia, Perú: ¡todo es lo mismo!
Saber, a ciencia incierta, lo que somos,
buscando, a media luz, otro destino,
con todo el cielo encima de los hombros.

Por eso quiero alzarte, recibirte
con los besos abiertos,
junto a la luz,
ardiendo de alegría.

razones y proporciones

Para formar un hombre más un hombre,
más otro hombre, total, en suma, un pueblo,
estoy sumando vértebra más vértebra,
rama más rama, pétalo más pétalo.

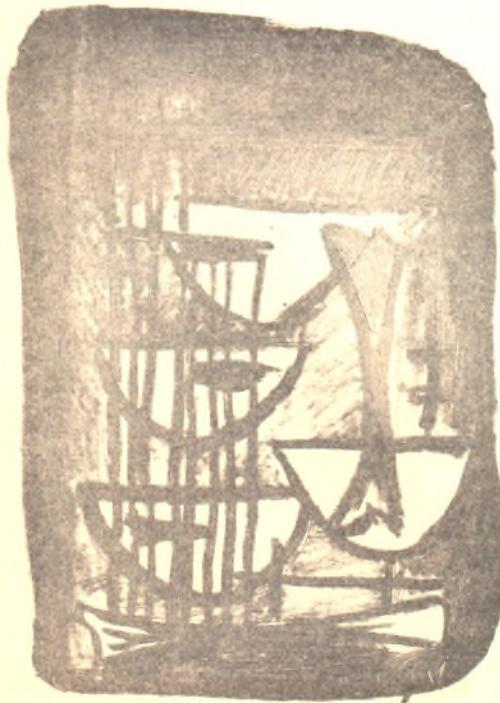
Estoy sumando gritos, huesos, ansias
de paz. Sumando muerte, noche y vida.
En fin, teniendo en cuenta nuestras deudas,
sigo sumando sumamente al día.

Sigo sumando golpes y martillos
—rayo más rayo, piedra sobre piedra—
Metido hasta los tuétanos. De frente.
Hueso más hueso. Médula más médula.

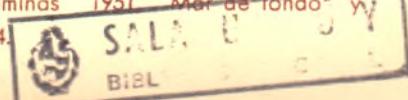
Iremos por la vida y por la muerte
—hombre más hombre, lápida más lágrima—.
Como bosque arbolado de esperanzas
—hoja más hoja, ánima más ánima—.

De soplo en huracán. De brisa en pájaro.
De viento en tempestad. De ola en ala.
De tiempo en tiempo hacia el amor humano.
De boca en beso hacia la luz del alba.

Hombre más hombre, más amor, más vida
común, más
energía, igual:
pueblo más pueblo y paz más alegría.
Suma total del sueño más el ansia.
Suma vital del hombre. En suma,
el pueblo.



Alejandro Romualdo nació en Trujillo - Perú, en 1926. Ha publicado: "La torre de los alucinados" 1949, "Cámara lenta" 1950, "El cuerpo que tu iluminas" 1951, "Mar de fondo" y "España elemental" 1952, "Poesía concreta" y "Poesía" 1954.



héctor yánover

argentino

niño muerto

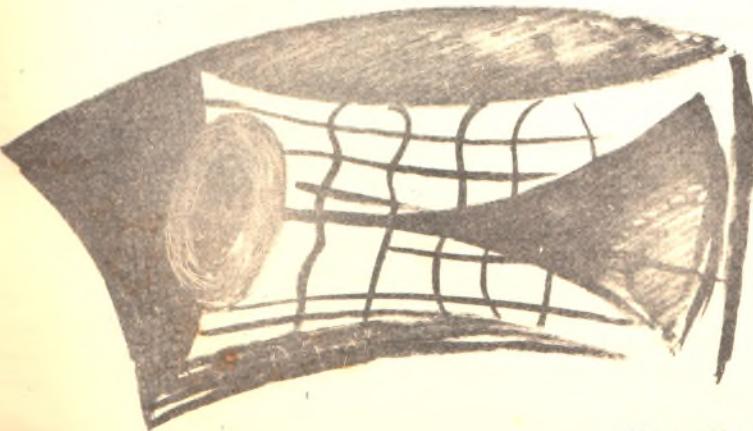
Mira como las manos del hombre están gastadas
de renovar fusiles y de empuñar las palas.
Hace ya tiempo que anda y se repite en odio,
en espera de flores, en soledad callada.
¿Quién sabe qué será lo que el mañana olvida...?
¿Quién sabe si tú mismo habrás muerto
cuando renazca el sol y se asombe de verte?

La mañana roba al río un lenguaje aéreo de vapores.
Entre ellos te velaron bajo el puente
esos hombres cansados de esperar esa cosa tan simple
como ha sido tu muerte.
Te cubrieron con una lona vieja
y con cuatro velones mendigados
arrojaron tu sombra sobre el agua.
¿Qué te diré, que estoy triste?
Triste sí pero también sereno.
Tu muerte no es nueva para mí.
Tu casa bajo el puente
donde nadie recoge las basuras
y donde el flaco perro husmea
esquinas orinadas.

Se me coagulan los vientos en la boca
y una marea nutre mi andar triste de nuevo.
Pero ando triste ahora sabiendo muchas cosas.
No es la tristeza de antes
—la locura mayor sobre el ayer perdido—
es un viento de fuego sobre el mar,
es un claro dolor;
ya no hay olvido!

sobre los tristes

Sobre los tristes, sobre los desvalidos,
cuando ya ni la noche se detiene a su lado.
Pienso y repienso las ofensas, la vergüenza y el dolor.
Dónde están el martillo y la piedra para aplastarme
[el pecho]
Es que la cobardía es ésa cuya mano tarda
y cuyos círculos se hacen y deshacen hasta la nieve?
Oh vida, oh luna de las decisiones, oh perro sangrante
[de los golpes
al pecho. Qué hay que esperar?
El pájaro negro que canta sobre los techos de los que
[van a morir,
vuela y vuela sobre mi casa sin decidirse
y las marcas que indican el destino y el azar
se nos dan y se nos niegan con idénticos números.
Entonces busco los tristes,
los rincones donde la injusticia ha fundado ciudades.
Es que el yermo es yermo
y yo no soy ni hielo ni sol, ni la sal, ni el huevo?
Lloro sobre los tristes, me lloro, me lamento!



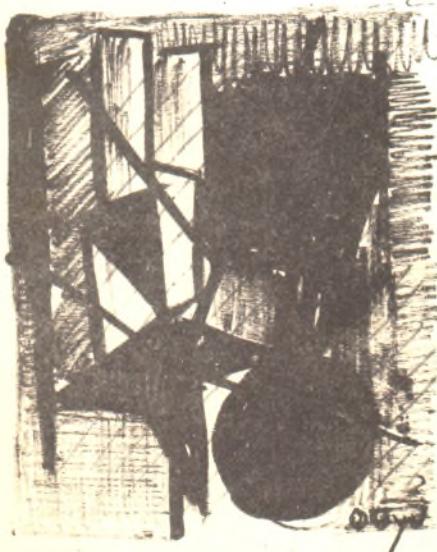
Héctor Yánover nació en Córdoba - Argentina, el 3 de diciembre de 1929.
Ha publicado: "Hacia principios del Hombre" 1952, "Elegía y gloria" 1958
y "Las iniciales del amor" 1960.

la onda

La onda iba en el río
como un ángel que fuera
al último sonido
de una hermosa trompeta
(el bronce de sus tubos
no surgió de la tierra).
La onda iba en el río;
el ala o su cabeza
acaudillaba otras
obstinadas e idénticas.
El río por el cielo
espicaba diademas,
(del tratado infinito
que Leonardo escribiera
al Vuelo de Los Pájaros,
ilustración perfecta:
el juego articulado
del ala y la cabeza
idealizado en plumas
azules o bermejas).
La onda iba en el río
—absoluta y ligera—
con su arreo de hojas,
hinchadas bestezuelas,
de líquenes y troncos
y náuticas maderas.
La onda iba en el río
el río por la tierra
(Circulatoriamente
por el cielo y las venas).

lunas

Las calles grises ya no son habituales,
—con esa inéditez propia del sueño—
dispersas o anudadas
en el advenimiento de la oscura visita.
Algún techo de zinc
esplende como pieza de armadura
entre los apagados pabilos de los árboles.
Los árboles que son
vocecitas de hojas, coloquios de sus ramas.
Los árboles que son uno y todos los árboles.
La oreja inmensa de la noche
con cautela de músico va separando ruidos:
estrofas de borracho, ramalazos de parque
de diversiones, aires
de recónditas radios, estridencias
de animales domésticos, de diálogos,
de risas...
Se ha apagado un instante la quemazón del día
y esta divina tregua
no nos sirve de nada.
(El rostro nos aplastan labios, piernas y senos,
amarillos y azules y verdes y bermejos,
bólidos o colores dentados y carnívoros,
para hacernos arder y desear
un meloso refresco
en la vulgaridad
diosa de hábil comercio).
¿Cómo decir que arriba está la salvación
si hay que salir al campo para encontrar el cielo?
Una recua de calles grises en el verano...



dos poemas

Sobra este impulso y este aliento, sobra.
Desde la remotísima caricia
—primera luz caliente en el abismo
de la primera sombra—
sé que es inútil el clamor que sube
desde todos los cuerpos a las puertas
cerradas de las bocas.

Toda la sangre de las venas, toda
la rumorosa voluntad del viento,
la fuerza de la ola,
la fuerza de la voz y de la vida,
sobran.
—El mundo gira en orden riguroso
como un reloj que está marcando el tiempo
con las agujas rotas.

—Para qué entonces tanta savia viva?
—Para qué tanta luz, si todo sigue
la mecánica ley, la ley monótona
de nacer y morir, hora tras hora?

No es cierto. No es verdad que todo sea
la floración inútil de una selva
que el tigre de la muerte, solo, explora.

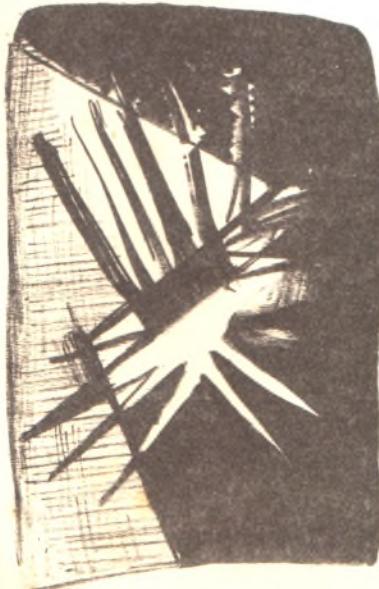
Desde tu remotísima caricia
—primera luz caliente en el abismo
de mi primera sombra—
sé que mi ser será desde ese impulso,
—morir y renacer hora tras hora—
que no encuentra ecuación en la materia,
que no tiene razón entre la forma.
Este aliento que fluye entre nosotros,
y entre nosotros obra
la semblanza de luz y plenitudes
que sostiene y levanta nuestra antorcha,
—el ser total, el devenir divino
de la criatura ignota—.

Como una anunciaciόn de primavera
cruza a veces los páramos del aire,
una presencia que se vuelve forma
y al quererla tocar se nos deshace.

No importa cuándo fue; pero es posible
que esa luz, —o color, o nube, o grito,—
haya abierto la grieta sobre el muro
que separa lo humano y lo infinito.

Es tal vez la flamígera figura
de un angélico ser, que se aventura
a revelarnos la secreta clave
del sereno estupor y de la calma.

O la primera condición del alma
vuelta a ser lo que fue por un instante,
rotos los lazos de la humana duda;
que no puede saber, pero que sabe.



Aquella flor
con la que hablaba sola de niña,
¿no eras tú?
¿no era la corola de tu oído?
Aquella flor
que nada me decía
pero que con seguridad
me conocía sin reproche,
¿quién era?
¿la Reina, la Señora de todo lo creado?
la Pudorosa, envuelta en un instante?

La reconozco sin dudas,
recogida en mi olvido,
eras Tú en mi jardín
jugando con una niña,
disimulado en flor
para no asustarla,
para que no se diera cuenta,
—no exigirle que llevara
un secreto tan grande
para sus años,—
para que siguiera viviendo.
Eras Tú, mi Testigo
mi Escudo,
mi Padre.

Y también era Ella,
Mansa, Perdurable, Tranquila,
Compasiva, Llorosa, Maternal.
Y ahora soy
aquella niña
inclinada sobre la flor,
aquella forma mía
sostenida por ella en silencio.
Ah, pero sé que a esta flor
se vuelve
por el Camino del Llanto.

la flor del llanto

eres tú en el espejo

Están las flores y los frutos,
las incontables fantasías
de las plantas.

Es cierto.

Están los esplendores animales,
sutiles, majestuosos,
ardientes, vivos inocentes.

Está la música del ópalo, de la esmeralda,
del topacio, de la amatista,
del oro.

¡Está el mar!
El ritmo de los peces,
las olas agitando las naves,
y los blancos castigos hirvientes
contra las rocas altas.

Las estrellas —sobre la cara,—
subiendo a coronar
perfumes de la noche,
a dibujar cielos vírgenes.

Están los átomos
guardando el equilibrio
en el espacio, la cohesión del agua,
manteniendo las superficies tranquilas.
Es cierto.

Pero lo que me embriaga
como ningún jardín
noche y día con su misterio,
lo que me exalta
más que orden alguno
hasta el extremo
con su proporción perfecta,
lo que hasta una viva muerte
me extasiá,
es el hombre.

